

SEMBLANZA

Jézer González: el maestro, el novelista

Arnoldo Mora Rodríguez



RESUMEN

Este artículo tiene la finalidad de presentar la imagen de Jézer González Picado. El autor desdibuja al maestro, al erudito, al pensador, al creador, al hombre. González dedicó su vida al cultivo y enseñanza de la lengua castellana y en sus últimos años cultivó la creatividad estética. Su obra literaria publicada, Tiempo de Ángel, un relato autobiográfico, lo revela como un novelista y un pensador introspectivo: un creador.

ABSTRACT

Jézer González: teacher, novelist

By Arnoldo Mora Rodríguez

The present article serves to illustrate the person Jezer Gonzalez Picado. The author depicts the teacher, the erudite, the thinker, the creator, the man. Gonzalez dedicated his life to the cultivation and teaching of the Spanish language and in his final years he cultivated aesthetic creativity. His published literary work Tiempo de Angel (Time of Angel), an autobiography, portrays him as an introspective novelist and thinker: a creator.

PALABRAS CLAVE

Literatura Costarricense: Historia y crítica, Narrativa Costarricense, Jézer González, Tiempo de Ángel, Novela, Relato autobiográfico

KEY WORDS

Costa Rican literature : History and criticism, Costa Rican narrative: History and criticism, Jezer Gonzalez, Time of Angel, Novel, Autobiography

La universidad es un conjunto complejo de seres humanos debidamente organizados y animados por una dinámica propia. A esa dinámica la llamamos "vida universitaria". Parte esencial de la misma la constituyen las relaciones personales, esa amistad que tanto gustaba enfatizar el recordado Roberto Murillo. Por eso, ser universitario es algo más que tener una profesión o actividad laboral; es, ante todo, una forma de vida, una visión de mundo, cimentada en una vocación a la que se dedica la vida entera con pasión y fervor. Es desde la universidad y dentro de la universidad que se asumen todas las funciones como ser humano integral. En esas lides, se adquiere una determinada sensibilidad y se asumen deberes y derechos ante la comunidad nacional.

A quienes así viven se les llama en nuestro medio "académicos" por excelencia. Son hombres y mujeres que han dedicado lo mejor de sí mismos a través de una larga y fecunda vida, al servicio de su Patria mediante lo que constituye la esencia del quehacer universitario: la docencia, la investigación y la acción social. El país conoce no pocos de entre ellos porque su nombre y su obra ha trascendido el claustro universitario, han sido maestros de varias generaciones de profesionales y su producción escrita permanece como uno

de los más preciados tesoros de la cultura nacional.

Hoy me referiré a uno de ellos, dado que su muerte reciente ha enlutado a toda la comunidad académica no solo de la Universidad de Costa Rica, sino del país entero. Me refiero al Dr. Jézer González Picado, amigo desde hace mucho tiempo de la familia y colega de la Facultad de Letras. También fuimos compañeros durante la última década en la Academia de la Lengua. Jézer dedicó su vida entera al cultivo y enseñanza de uno de nuestros mayores tesoros culturales: la lengua castellana. Fue un incomparable conocedor de la literatura costarricense y latinoamericana en su condición de crítico e historiador de nuestras letras. En lo personal, lo que más me impresionaba de su portentosa y legendaria erudición fue su dominio de la gramática española, como lo testimonian sus manuales hoy convertidos en obras de consulta obligada.

Pero ante todo, Jézer fue un maestro en el sentido pleno de la palabra. En las últimas décadas, nadie que se haya graduado en letras en la Universidad de Costa Rica ha dejado de sentir su influencia, pues su huella de maestro le ha marcado de por vida. Su generosidad, su entrega personal y su consejo son desde hace mucho tiempo algo más que una leyenda, constituyen un legado que todos

apreciamos como una riqueza invaluable. Es por eso que nunca como en este caso, es cierto aquello de que la muerte física y el hondo dolor que ella nos depara, no impedirá que Jézer González siga vivo entre quienes fuimos honrados con su amistad y su influencia.

Pero honrar la memoria de una figura que se ha convertido en un hito de nuestras letras, no es solo mantenerla viva en el recuerdo y en el afecto, en especial, por parte de quienes han sido sus discípulos o de quienes nos hemos honrado con su amistad, sino, ante todo, sumergirnos en el estudio y disfrute del legado escrito que nos dejó. Un libro no es una cosa muerta, sino un espacio de diálogo con su autor que sigue vivo a través de sus páginas, pues su autor nos sigue hablando más allá del espacio y el tiempo, mientras disfrutamos de su compañía y su palabra.

Una de las cosas que más nos sorprende - y en la vida de Jézer González mucho, por no decir todo, nos causa sentimientos de honda sorpresa - es que, al final de su vida, descubrió la veta de una maravillosa creatividad que, posiblemente, tenía de siempre pero que mantenía oculta y se hizo manifiesta tan solo al final de sus días. La lengua es el instrumento de comunicación por excelencia. Como fenómeno social y cultural, puede y debe ser objeto

de estudio, tanto desde el punto de vista formal y normativo, como es el caso de los estudios gramaticales en que, como lo hemos señalado, Jézer fue un erudito, o en estudios lingüísticos. Pero también la lengua es el instrumento por excelencia para cultivar la creatividad estética. De esta manera, la lengua se convierte en una de las bellas artes cuando expresa nuestras vivencias y experiencias existenciales más profundas. Es entonces cuando hablamos de arte literario.

Uno de los rasgos más impresionantes de Jézer González es que, al final de su vida, a guisa de hermoso legado, nos dejó una serie de manuscritos que configuran una trilogía literaria. Se trata de tres relatos novelados, uno de los cuales salió de imprenta tal solo unos días después de su muerte. Esperamos que los otros dos sean publicados en un futuro cercano. Mientras tanto y como primicia podemos deleitarnos con ese Jézer González, novelista y pensador introspectivo, que nos sorprendió gratamente en los últimos días de su vida con una novela corta de carácter existencial titulada *Tiempo de ángel* (editorial Guayacán, San José, 2005). Se trata de una pequeña novela-ensayo de corte existencial, una obra, por ende, producto no de la inspiración o pasión romántica (todo lo contrario, la obra es estéticamente antiromántica) sino que cons-

tituye una honda reflexión introspectiva que sigue los lineamientos de la estética existencialista. Es, quizás, la novela más acabada dentro de esos cánones que se haya escrito en nuestro medio. Pero, más que la expresión de una experiencia existencial directa, como suele darse en el arte normalmente. En este caso, estamos ante una obra hondamente reflexiva, por lo que tiene incluso rasgos de ensayo filosófico, sobre

todo en lo que concierne a las consideraciones de tono filosófico sobre la fugacidad del tiempo (p.48) que nos recuerdan el San Agustín de *Las Confesiones*.

Viendo cercana la muerte, el autor reflexiona críticamente en torno a su infancia, a la manera como lo hiciera el filósofo y escritor Jean Paul Sartre, maestro por excelencia del existencialismo francés, en su bella obra *Las palabras*. Sin embargo. González no

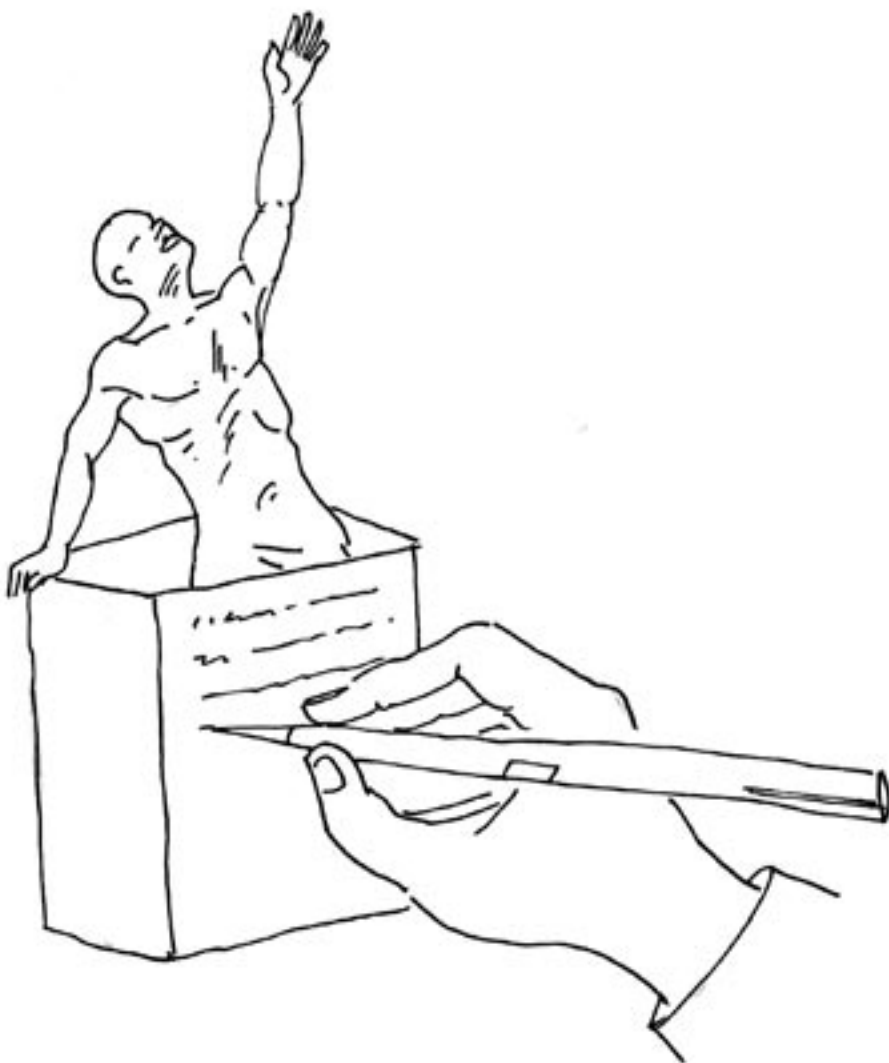
hace de su relato tan solo una autobiografía de su infancia, sino que *Tiempo de ángel* es también una obra de ficción, una novela corta, como su desenlace lo manifiesta.

Inspirándose en la estética modernista que, siguiendo a los poetas parnasianos franceses, ve en el arte literario una variante del arte musical ("poesía es lo que de música tienen las palabras", decía Baudelaire), Jézer convierte su obra

en una especie de poema sinfónico. Como género musical, el poema sinfónico fue creado por Franz Liszt. Inspirándose en las ideas estéticas de su yerno, el músico y poeta alemán Richard Wagner, quien niega la concepción romántica del arte y provoca toda una revolución estética que abre anchurosas las puertas al arte de los últimos 150 años, Liszt desarrolla una concepción no dialéctica del tiempo sino circular, gracias al leitmotiv.

Los románticos afirmaban que el arte perfecto era la poesía porque, gracias a la poesía, el arte rendía culto y reconocía la superioridad de la palabra como suprema expresión de la razón como afirmaban los filósofos griegos. Esta concepción aparece claramente desarrollada en la estética de Hegel. Shopenhauer, por el contrario, ve en la música la superación de la palabra al llevarnos al éxtasis y, con ello, a lo inefable. Para él, la música es la suprema expresión del arte y de la vida puesto que solo la música nos da acceso al Absoluto. La música adquiere así una dimensión religiosa, se funda en una experiencia mística, como lo revelan obras de Wagner como *Parsifal*, que más que una ópera se asemeja a un auto sacramental profano.

La razón fundamental de esta revolución estética estriba en que Wagner introdujo el concepto clásico griego de tragedia. Según



esta concepción estético-filosófica, los seres humanos no son libres, sino tan solo ejecutores de roles o papeles que el destino les impone. Los hombres son así víctimas de una fuerza ciega que lo arrastra irremisiblemente haciéndolos culpables sin ser, por ello, responsables. El hombre debe expiar una culpa o falta que no ha cometido. No son sus actos conscientes sino la vida misma concebida ónticamente, la que engendra el mal y hace de la felicidad tan solo una fugaz y engañosa sombra o quimera, quedando en el fondo tan solo como herencia o legado de la vida la amarga experiencia de la soledad y el vacío o ausencia de amor y, finalmente, la muerte como destino inexorable. Según Wagner, el héroe trágico es el que asume gozoso ese destino, de modo que la muerte misma no aparece como el doloroso fin de la vida, sino como su culminación orgiástica pues la muerte es soporte también de la vida, como lo demuestra Sigfrido, el héroe por excelencia de la tetralogía wagneriana.

Esta concepción constituye un telón de fondo de las concepciones paganas, por lo que ven en la creación estética la única respuesta a nuestra condición de seres mortales. Por su parte, la razón, lejos de resolver el enigma, lo hace aun más agudo, como el exceso de luz que, en lugar de alumbrarnos y guiarnos en el tor-

tuoso camino de vida, nos enceguece convirtiendo su fulgor en tinieblas. Por ende, la vida sigue siendo un enigma que no podemos explicarnos o solo podemos reconciliarnos con la palabra gracias al arte. Solo la experiencia estética constituye una especie de camino esotérico frente al estigma del existir.

Esta filosofía de la vida se opone diametralmente a la antropología cristiana, cuya afirmación de que el ser humano solo es culpable si es responsable dado que está dotado de libre albedrío, parte de la negación del destino en el

sentido griego. La libertad caracteriza al ser humano, pues la experiencia existencial por antonomasia por la que el ser humano se descubre como tal, no es estética sino ética. De ahí que en el arte se nutra del complejo de culpa y de la imposibilidad de superar la humana falibilidad, lo que no hace sino retornar a la idea de destino generando una tensión dramática que excluye el desenlace trágico, como lo prueban obras como *El condenado por desconfiado* de Tirso de Molina en el teatro o, en la novela, toda la creación de

Fedor Dostoyeski y, especial, *Crimen y castigo*.

En la literatura existencialista del siglo XX, en especial la francesa, ambas concepciones filosófico-literarias coexisten. Contrariamente a su explícita profesión de ateísmo metafísico, J. P. Sartre está más cercano a la concepción cristiana, concretamente calvinista, al defender una visión rigurosamente ética de la vida que condena toda actitud que no sea la de asumir la entera responsabilidad de nuestros actos. Cuando tratamos de evadir esta responsabilidad, Sartre la califica de "mala fe", como



lo prueba su obra *A puerta cerrada*. Es por eso que lo trágico solo se puede dar más allá de la muerte, es decir en un pasado absoluto, dado que solo en este nada se puede cambiar. Por el contrario, el otro gran maestro del existencialismo francés, Albert Camus, propende más a la concepción pagana helénica, con lo que retoma la idea de destino. La novela-ensayo *El extranjero* es la mejor demostración de lo dicho.

Lo realmente novedoso en la obra de Jézer González que comentamos, es que ambas concepciones se entrecruzan al enfrentarse en forma crítica el protagonista, el ingeniero Pilín Molina y el narrador, que se convierte en el dedo acusador o conciencia ética del propio autor. Toda la obra no es más que un diálogo o, más exactamente, un monólogo acusador del narrador contra el protagonista y ambos son las dos facetas de la vida de Jézer González. De esta manera, el lector no es más que el mudo y atónito testigo a una especie de juicio que se lleva a cabo en el tribunal implacable de la conciencia de un moribundo. La muerte inminente obliga a asumir esa autenticidad que no es más que lucidez que, a manera de balance definitivo de toda su vida, el autor establece sobre sí mismo. *Tiempo de ángel* en cierta manera no es más que un canto elegíaco que encierra todo el dolor de una

infancia sin madre, pues la literatura existencialista es literatura de orfandad, del padre en el caso de los franceses mencionados, de la madre en el caso del costarricense.

Sin embargo, por tratarse de dos concepciones filosóficamente antagónicas y humanamente irreconciliables, el desenlace debe inclinar la balanza en uno u otro sentido. En el caso de la novela que comentamos, Jézer González el pagano se impone sobre Jézer González el cristiano. La muerte de la mujer amada se da como una tragedia simbolizando con ello el fracaso de una vida donde el amor no pudo germinar como la semilla en tierra estéril. Con ello, la última y definitiva posibilidad de felicidad se hundió para siempre en las aguas insondables del Mar Caribe en un viaje sin retorno, como el que ahora enfrenta el autor ante la inminencia de la muerte. Sin madre desde la más tierna infancia y llorando la ausencia definitiva de la mujer amada en la madurez de la vida, la atmósfera de un existencialismo trágico impregna todo este impactante relato novelado, dejando la impresión de que la vida no es más que un destino que ya estaba, como en Edipo, señalado desde un principio.

Pilín Molina nace con el sello indeleble de la tragedia, lo cual explica la forma de poema sinfónico que revisa la obra, dado que su

tiempo inmanente no es el directo, propio de la forma musical del Allegro de sonata sino el circular del drama musical del poema sinfónico del romanticismo tardío que recurre al leitmotiv, como en la *Sinfonía Fantástica* de Héctor Berlioz. Ese leitmotiv con el que comienza y termina la obra y que durante su desarrollo se reitera una y mil veces, es el siguiente: "Los hombres que nacen de pie y lloran antes de nacer, nunca pueden amar" (p. 82). La soledad es el destino que acompaña una existencia marcada por la tragedia, que no inspira compasión sino solidaridad, porque no encuentra la solución en un amor imposible, sino en la creación estética... Sófocles y Eurípides no dirían otra cosa.

Pero ¿qué valor tiene, entonces, el arte? Freud dice que el arte no es un objeto externo, sino una dimensión de la existencia. Es aquella dimensión que nos posibilita construir espacios oníricamente concebidos. Arte es la capacidad de soñar que tiene el ser humano. Y dado que solo en el sueño el hombre dice la verdad, la verdad de existencia, solo en el universo onírico el hombre descubre la autenticidad existencial, la verdad de su ser-en-el-mundo. Sumergirnos en el universo creado y recreado por la palabra bella, por la literatura, es reencontrar la fuente o cuna de lo humano, existir, es decir, decir-

nos nuestra verdad, esa que hemos venido construyendo consciente pero, sobre todo, inconscientemente a lo largo y ancho de la trayectoria existencial que ha sido nuestra vida entera.

Es frente al paredón de fusilamiento, como el coronel Aureliano Buendía al inicio de *Cien años de soledad*, que Jézer González redescubre su verdad en la cuna misma que lo vio nacer. *Tiempo de ángel* es un himno patético a la infancia, que se inserta dentro de las novelas ya clásicas de la literatura costarricense que hacen del relato autobiográfico de la infancia el tema de su creación, como es el caso de Marcos Ramírez de Carlos Luis Fallas, a quien González rinde tributo explícitamente, o la última obra de Fabián Dobles *Los años, pequeños días*. Oníricamente Jézer González recrea su infancia. Su dolor y su tragedia, su soledad y sus angustias se convierten, como en caso del mítico Rey Midas que todo lo que tocaban sus manos se convertía en oro, en obra de arte, en ensoñación y embrujo, gracias al arte literario. Porque Jézer González no fue solo un maestro y un erudito, fue en igual medida un creador.